

Consagración a María

FRATERNIDADES
MARIANISTAS

Provincia de Zaragoza



Consagración a María

EN LAS FRATERNIDADES MARIANISTAS

Diseño de cubierta: José Eizaguirre, SM

© Fraternidades Marianistas – Zaragoza, 1998

© Servicio de Publicaciones Marianistas - Madrid 1998

ISBN: 84-348-6250-6

Depósito legal: M-26715-1998

Fotocomposición: Grafilia, SL

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta SM – Joaquín Turina, 39 – 28044 Madrid

Índice

Introducción	7
1. En la Consagración renovamos nuestro Bautismo.....	9
1.1. El creyente es un ser consagrado.....	9
• Un don y una llamada de Dios.....	9
• Un camino personal	10
• Dios bendice nuestra ofrenda.....	10
1.2. María está presente en nuestro Bautismo	11
2. Por la consagración vivimos el Evangelio con el espíritu de María.....	13
2.1. Una forma peculiar de vivir el seguimiento de Jesús	13
2.2. El núcleo de nuestra espiritualidad	14
2.3. Nuestro talante en la Iglesia	16
3. Vivimos la Consagración como una Alianza con María.....	17
3.1. Como los primeros congregantes.....	17
3.2. Papel de María en la Alianza.....	18
3.3. Papel del consagrado en la Alianza.....	19
3.3.1. Conocer, amar y servir a María.....	20
• Conocer a María	20
• Amar a María	21
• Servir a María	22

3.3.2.	Como miembros de una Familia	24
•	Miembros de las Fraternidades..	25
•	Miembros de la Familia Marianista.....	26
•	Con espíritu de familia	26
4.	Celebramos una Consagración Temporal y otra Definitiva.....	27
4.1.	La Consagración Temporal: comprometidos con un camino	27
4.1.1.	Una experiencia de iniciación	27
4.1.2.	Un compromiso	28
4.1.3.	La renovación	29
4.2.	La Consagración Definitiva: una opción de vida.....	31
4.2.1.	Una opción de vida.....	31
4.2.2.	Una espiritualidad y una comunidad.....	32
4.2.3.	Un don y una llamada	33
5.	Una dinámica y un ritual al servicio de un espíritu	35
5.1.	Una dinámica comunitaria.....	35
5.1.1.	Tiempos	35
5.1.2.	Discernimiento	36
•	La Primera Consagración.....	37
•	La Renovación	38
•	La Consagración Definitiva	39
5.1.3.	Acogida	41

5.2.	Expresión de nuestra espiritualidad	42
5.2.1.	Ritual	43
	• La Primera Consagración.....	43
	• La Renovación	44
	• La Consagración Definitiva	45
6.	Conclusión	48

Introducción

«La consagración a María es nuestra forma peculiar de vivir el Evangelio en el seguimiento de Jesús. Por eso es la expresión de nuestro carisma marianista.»(Libro de Vida, pág. 11)

Desde el momento en que pertenecemos a las Fraternidades Marianistas, compartimos con todos los miembros de la Familia Marianista un carisma, un solo carisma que se expresa en distintas vocaciones (laical, religiosa, sacerdotal). Es lo que nos identifica dentro de la Iglesia y lo que nos une en una misma familia.

Nunca es fácil definir un carisma. El marianista, tampoco. Pero podemos intentarlo. Todos los marianistas **«nos proponemos llegar a la conformidad con Jesucristo, Hijo de Dios, hecho Hijo de María para la salvación de los hombres»** (Libro de Vida, pág. 9). Esta frase podría sintetizarlo, si en tan pocas palabras es posible hacerlo. Leámosla por partes.

- **«Jesús, Hijo de Dios»** es el objeto de nuestra fe, y su seguimiento lo único que justifica nuestra pertenencia a Fraternidades. Este seguimiento lo vivimos en la Familia Marianista con un matiz particular: como un camino hacia la conformidad con Jesús en expresión del propio P. Chaminade. Ir haciendo nuestra vida conforme con la suya. Este es nuestro proyecto de vida.
- Pero, además, los marianistas hacemos de **«Jesús, hijo de María»** el núcleo de nuestra

espiritualidad. Queremos profundizar en este misterio, el de Dios hecho hijo de mujer. María se convierte, así, en un medio privilegiado para llegar al encuentro personal con Jesús.

- Conformidad con Jesús a través de María con un fin: **«para la salvación de los hombres»**. La espiritualidad marianista tiene un talante misionero. El objeto de nuestra pertenencia a la Familia Marianista es encarnar a Cristo en el mundo de hoy, más concretamente ofrecerlo a los hombres encarnado en nuestra vida personal y en la de nuestras comunidades.

Efectivamente, la Consagración a María es la expresión más concreta de nuestra espiritualidad. La Consagración nos identifica como marianistas y nos incorpora a la Familia Marianista. Por la Consagración expresamos nuestro deseo de seguir a Jesús, con María y en misión.

1. En la Consagración renovamos nuestro Bautismo

«Como todos los cristianos, somos conscientes de haber sido consagrados en el Bautismo. Fue éste un acto gratuito de amor por el que Dios nos colmó de su Espíritu y nos llamó a reproducir la imagen de su Hijo. Nos sabemos, en la fe, llenos de gracia y destinados a ser santos e irreprochables en el amor. Nuestra vida de fe no pretende ser más que la entrega de nosotros mismos como respuesta generosa a tanto don recibido.» (Libro de Vida, pág. 11)

1.1. El Creyente es un ser consagrado

- **UN DON Y UNA LLAMADA DE DIOS**

Desde el Bautismo los creyentes estamos consagrados a Dios. El Padre nos ha entregado generosa y gratuitamente la fuerza de su Espíritu, que habita desde ese momento en lo más profundo de nuestro ser. Pero esta presencia no es pasiva y nos llama permanentemente a la conversión personal y al seguimiento de su Hijo Jesús, encarnado, presente y actuante en la historia. Desde esta perspectiva, la Consagración no nos separa de la realidad, sino que nos envía a transformarla con la fuerza del Espíritu.

El Bautismo es, así, a la vez un don y una llamada de Dios que se nos entrega a sí mismo y que nos invita a descubrirlo y a compartirlo.

- UN CAMINO PERSONAL

En nuestro camino de fe, vamos reconociendo poco a poco la presencia del Espíritu de Dios en nuestro corazón y, haciendo uso de nuestra libertad, vamos dando respuesta a su llamada.

Es potestad nuestra rechazar o aceptar este don de Dios, porque sólo el hombre verdaderamente libre puede abandonarse a Él.

En la medida en que el hombre es capaz de reconocer dócilmente esta presencia del Espíritu está en posición de consagrarse a Dios, que no es sino el reconocimiento explícito de la Consagración recibida y el ofrecimiento de la propia vida. Esta ofrenda es nuestra respuesta al don y a la llamada de Dios.

En definitiva, el que consagra gratuitamente y por pura iniciativa suya de Dios. Y es el hombre el que libremente acoge esta Consagración.

- DIOS BENDICE NUESTRA OFRENDA

Efectivamente, éste es el camino del creyente. Ir día a día conociendo y aceptando la voz de Dios en nuestro interior y poniendo nuestra vida en sus manos. Sin embargo, todos sabemos que es un proceso lento, lleno de dificultades y que recorreremos con muy frecuentes deslealtades, cobardías y errores. Es un camino siempre por recorrer porque el hombre es limitado, pero, apoyados en la fuerza de Dios, podremos avanzar por él.

Más aún. La entrega del hombre nunca es estéril, nunca es en balde, porque, si es sincera y generosa, Dios

la acoge y la transforma en fuerza de conversión personal y de transformación del mundo. Nuestros esfuerzos, nuestras dedicaciones, nuestra lucha personal por seguir fielmente a Jesús es la ofrenda que ponemos en el altar. Son el pan y el vino de la Eucaristía, que sólo son carne de Jesús después de la Consagración. Ambas son necesarias, la ofrenda del hombre y la bendición de Dios.

Ésta es la razón de nuestra esperanza. Que más allá de nuestras limitaciones y errores sabemos que está la fuerza de Dios, aunque no siempre nos sea posible reconocer sus frutos.

1.2. María está presente en nuestro Bautismo

Como hemos dicho antes, al recibir esta primera Consagración bautismal recibimos el Espíritu de Dios que posibilita una nueva forma de vivir. La capacidad de encuentro personal con Jesús habita desde entonces en nuestro corazón. Es la posibilidad de nacer a una nueva vida. La posibilidad de que muera el hombre viejo y alumbre el hombre nuevo.

Ya en esta primera Consagración está presente María. Y lo está porque existe un paralelismo entre el nacimiento del hombre nuevo y el nacimiento de Jesús. El primero es consecuencia e imagen del segundo, y en ambos quiere Dios que intervenga María. Veamos este paralelismo.

Dios se hace presente en la Historia a través de la encarnación de Jesús y se hace presente en nuestra historia personal en el Bautismo. Por el nacimiento de

Jesús recibe la humanidad la revelación del Espíritu de Dios. Cada hombre recibe en el bautismo este mismo Espíritu. La historia de la humanidad y la vida de cada hombre no son sino un mismo camino hacia la conformidad con dicho Espíritu.

Pues bien: Jesús nació por la fuerza del Espíritu y de la Virgen María. Ambas fueron condiciones necesarias: la voluntad de Dios y la disponibilidad de María. Así lo quiso Dios. El Espíritu de Dios actúa siempre y solo, encarnado en el hombre y respetuoso con su libertad. María fue quien hizo posible el nacimiento de Jesús.

También el creyente nace a la vida verdadera por la fuerza del Espíritu y gracias a la disponibilidad de María, que hizo realidad, una vez y para siempre, la encarnación de Jesús en la humanidad. Por eso se dice que es Madre de todos los creyentes. En cierto sentido, en cada Bautismo se revive la experiencia de la Anunciación: la invitación de Dios Padre, el sí de María y la obra del Espíritu. Los tres hicieron posible que el Hijo de Dios se hiciera hombre y habitara desde entonces entre nosotros.

Existe, pues, una relación íntima entre nuestro Bautismo y el papel de María en la Iglesia. Los marianistas, en nuestra vida y particularmente en la Consagración, revivimos y renovamos con particular sensibilidad esta relación materno-filial entre María y cada creyente.

2. Por la Consagración vivimos el Evangelio con el espíritu de María

«Al llamarnos a formar parte de las Fraternidades integradas en la gran Familia Marianista, el Señor nos ofrece un camino concreto para vivir intensamente nuestro Bautismo. En este camino, la figura de María se convierte en el punto de referencia de nuestra vida de fe.» (Libro de Vida, págs. 11 y 12)

Los marianistas buscamos un encuentro íntimo y personal con María como medio para un más fiel seguimiento de Jesús. La Consagración a María es a la vez una forma particular de vivir el seguimiento de Jesús, el núcleo de nuestra espiritualidad y el talante con que somos Iglesia.

2.1. Una forma peculiar de vivir el seguimiento de Jesús

En el corazón del hombre resuena de forma permanente la llamada de Dios al seguimiento de su Hijo Jesús. Seguir a Jesús supone recorrer con Él un mismo camino, con una misma meta y un mismo talante, y al fin compartir, desde nuestras limitaciones, su destino de donación plena.

Ésta es una llamada de Dios a todos los hombres. Todos los hombres reciben esta invitación, aunque cada uno llega a reconocerla según su historia y sus circunstancias y a hacerla realidad vivida según su generosidad. Particularmente los bautizados estamos

llamados y destinados a hacer realidad esta llamada de Dios.

El hombre, sin embargo, es limitado y la experiencia de amor de Jesús le resulta, en su totalidad, inabarcable. Desde siempre los creyentes han caminado en intimidad con Jesús interiorizando y viviendo un aspecto particular de su personalidad. Desde cualquier experiencia parcial de Jesús se puede avanzar hacia el encuentro personal con Él.

Según nuestra naturaleza y nuestra historia personal, y de acuerdo con el contexto social e histórico que nos toca vivir, Dios nos llama a cada hombre a seguir a Jesús con un carisma distinto. Y no sólo a cada hombre. Cada comunidad elige y está llamada a interiorizar y hacer vida un matiz de la personalidad de Jesús, y profundiza en él como camino de conversión. La suma de todos estos caminos es la riqueza en la diversidad de la Iglesia.

La profundización y vivencia del misterio de «**Jesús hijo de María**» es para la Familia Marianista el camino que hay que recorrer. Los marianistas, de las infinitas imágenes que de Dios tenemos, veneramos e interiorizamos la de un Dios que asume la debilidad de un niño y que decide ser engendrado, cuidado y educado por una mujer. A los marianistas Dios nos llama a seguir a Jesús en su experiencia vital de hijo de María.

2.2. El núcleo de nuestra espiritualidad

«Como miembros de esta familia, revivimos en nosotros la experiencia del discípulo al pie de la cruz que escuchó las palabras de Jesús: "Ahí tienes a tu

madre" (Jn. 19, 27). Como él, nos sabemos amados por el Señor, el cual pide a María que nos acepte como hijos y nos la entrega para que sea nuestra Madre. Los miembros de las Fraternidades Marianistas queremos responder a este don de Jesucristo, acogiendo a María en nuestra vida. Esto es lo que expresamos públicamente en el momento de la consagración.» (Libro de Vida, pág. 12)

Son casi las últimas palabras que el Evangelista pone en boca de Jesús y con ellas quiere que expresemos algo más que la preocupación de un hijo por el futuro de su madre. Estas palabras son sin duda una revelación. La última en vida de Jesús.

Al decir a su madre «mujer, he ahí a tu hijo» y al discípulo «he ahí a tu madre», Jesús nos ofrece uno de los últimos mensajes de Salvación. Podemos afirmar que con este testamento final se completa la revelación de Dios en Jesús.

Efectivamente, Jesús entrega un último don a sus discípulos y a la humanidad entera, representados en la escena de Juan. Este don no es otro que el de su propia Madre, que desde ese día lo es de toda la Iglesia.

Como todo don de Dios, éste se manifiesta encarnado en el hombre y respetuoso de su libertad. Por eso se concreta en una doble invitación: a María, para que se ofrezca maternalmente a su discípulo, y a éste, para que la reconozca y acoja como madre. Ambos lo aceptan.

Los marianistas gustamos e interiorizamos particularmente este don. Nos ponemos en el lugar del discípulo y acogemos en nuestra casa a María, tal como su hijo nos pidió. Sentimos que, una vez más, Jesús nos

ofrece lo mejor de sí mismo y que lo hace de forma gratuita. No por nuestros méritos, sino por su amor infinito. Sentimos, también, la riqueza de esta última invitación, «he ahí a tu madre», y la recibimos como tal. Es nuestra respuesta al último don que Jesús nos da: María.

Los marianistas incorporamos a María entre nuestros bienes espirituales más íntimos. Recibir, como el discípulo, a María «entre nuestras cosas propias» se convierte así, en el núcleo de nuestra espiritualidad y en el contenido esencial de nuestra Consagración a María.

2.3. Nuestro talante en la Iglesia

La Consagración a María no nos distancia de la Iglesia, muy al contrario: nos hace sentirnos de forma más personal e intensa miembros del Pueblo de Dios. También en esto queremos ser y sentir como María.

Cada creyente y cada comunidad aporta a la Iglesia los dones recibidos. Muchos carismas y un solo espíritu. La riqueza de la diversidad y la fuerza de la unidad constituyen bienes indispensables y complementarios de la Iglesia.

Los marianistas nos sentimos parte de la Iglesia y como tal queremos estar presentes de forma entregada y activa.

Pero además intentamos estar presentes con el talante de María. Aportamos así lo que nos es más propio y querido. Intentamos ser Iglesia como lo fue María y cumplir su misma misión.

3. Vivimos la Consagración como una Alianza con María

«La relación que establecemos de esta manera con María, fue considerada por el P. Chaminade como una auténtica alianza, un compromiso mutuo entre ella y nosotros. Por esta alianza nos reconocemos hijos de María y nos proponemos vivir con ella y como ella.» (Libro de Vida, pág. 12)

3.1. Como los primeros congregantes

Ya el P. Chaminade proponía a los primeros consagrantes una Consagración a María y lo hacía en términos de Alianza. Para él, esta Alianza se manifestaba en tres aspectos:

- una mutua elección; los congregantes elegían a María como camino preferencial hacia Jesús, y María a ellos como instrumentos vivos de su misión.
- un mutuo compromiso; los congregantes se comprometían a ponerse en manos de María, y ella, a acompañarlos y ayudarlos.
- una asociación permanente; por la Consagración quedaba establecido entre María y los congregantes un vínculo personal con vocación de fidelidad.

A nivel práctico, los congregantes se comprometían a tres cosas:

- a imitar las virtudes de María,

- a hacer suya la misión de María de hacer presente al Hijo de Dios en el mundo,
- a hacerlo todo unidos en comunidad fraternal, como hermanos en María

María por su parte se comprometía a acompañarlos en su camino de Fe, a unirlos en familia, a educarlos como hizo con su Hijo y a interceder por ellos ante Él.

Esta manera de entender y expresar la Consagración puede parecernos hoy excesivamente simplista y poco actual. Sin embargo, son intuiciones de nuestro fundador que, adaptadas, han pervivido hasta nuestros días, y en ellas se encuentra recogido lo fundamental de nuestra concepción actual de la Consagración a María. Solo hay que dar nuevas formas a conceptos permanentes.

También hoy los marianistas vivimos nuestra Consagración como una Alianza entre María y cada consagrado y también hoy entendemos la Alianza como un mutuo compromiso. Por eso en la Consagración podemos hablar del compromiso de María y del compromiso de los Consagrados.

3.2. Papel de María en la Alianza

*«De esta manera María llega a ser la compañera insustituible de camino que nos apoya, nos orienta y nos va formando poco a poco, como hizo con Jesús.»
(Libro de Vida, pág. 13)*

En la totalidad de las Escrituras, la relación de paternidad-maternidad tiene un significado espiritual muy profundo que sobrepasa al meramente biológico y

afectivo. A él, sin duda, hacía referencia Jesús al ofrecernos a María como madre y a él es al que debemos hacer referencia cuando hablamos de María como madre. Sólo desde esta perspectiva se entiende el significado profundo del gesto de Jesús.

Si recogemos y sintetizamos lo que en las Escrituras encontramos sobre este papel maternal, lo podemos resumir en tres misiones:

- **CONVOCAR.** La madre convoca y reúne a los «hijos dispersos». Sobre la figura de María se reúnen los apóstoles en Pentecostés y, hoy día, la Iglesia. Los marianistas nos unimos como hermanos y con «espíritu de familia» en torno a la figura de María.
- **INTERCEDER.** La preocupación de una madre respecto a sus hijos la lleva a interceder por ellos en los momentos de dificultad. La Iglesia se beneficia de la intercesión permanente de sus miembros ante el Padre y particularmente de la de María. Los marianistas nos confiamos con especial abandono a esta intercesión.
- **EDUCAR.** Los hijos aprenden de su madre, principalmente, viendo e imitando sus actitudes. Los marianistas consideramos a María nuestro primer y principal modelo de creyente.

María nos une, nos acompaña y nos educa en nuestro camino de Fe. Éste es su papel en la Alianza.

3.3. Papel del consagrado en la Alianza

Como los primeros congregantes, nosotros, hoy, al celebrar nuestra Consagración asumimos como

orientaciones nuestra vida de fe la unión personal con María y la pertenencia a la Familia Marianista.

3.3.1. Conocer, Amar y servir a María

«Viviendo la consagración hacemos nuestro el espíritu de María. Esto nos compromete, en concreto a: conocerla, amarla y servirla.» (Libro de Vida, págs. 12 y 13)

- CONOCER A MARIA

«Por el estudio, la meditación y la oración, buscamos ahondar cada vez más en la figura de María y en su papel en la Historia de la Salvación. Ella se convierte de esta forma para nosotros en un modelo de actitudes de fe, expresando en su respuesta a la llama de Dios: "Hágase en mí según tu palabra"» (Libro de Vida, pág. 12)

Para amar a alguien es necesario, en primer lugar, conocerle. Nuestro amor a María se debe fundamentar en un profundo conocimiento de su experiencia de Fe y de su particular papel en la Historia de la Salvación. Este conocimiento sólo es posible por medio del estudio y la meditación, particularmente de los Evangelios, donde se expresa en toda su riqueza el camino de María y su talante al recorrerlo.

Pero nuestra relación con María no puede quedarse en el terreno del conocimiento intelectual. Debemos interiorizar y hacer vida, «personalizar», sus actitudes de Fe: la oración es un medio insustituible en este esfuerzo de interiorización.

Conocimiento y personalización nos llevan a seguir a Jesús con el espíritu de María. Para hacerlo intentamos vivir la Fe con el que ella lo hizo, asimilando y haciendo propias aquellas actitudes suyas que, vividas en profundidad, hicieron posible la encarnación de Jesús en ella y en la Historia: apertura, escucha, disponibilidad, presencia, sencillez, audacia, fidelidad... María es siempre modelo y referencia tanto en nuestra vida personal como en la de nuestras comunidades.

- AMAR A MARIA

«Conscientes de que María nos ha elegido a cada uno como hijo vivimos unidos a ella y cultivamos su amistad. (...) Porque la amamos, nos dejamos formar por ella, y así asimilamos en nuestra vida su rica experiencia de fe.»(Libro de Vida, pág. 13)

Pero nuestra relación con María tampoco puede limitarse al campo del conocimiento y la personalización. María no puede ser sólo un modelo de Fe. Conocerla e integrarla en nuestra vida tiene que llevarnos y nos lleva de forma natural a establecer una relación personal de amor con ella. Lo que es digno de amor se ama cuando se conoce.

El amor a María no se puede forzar, tiene que nacer. Y nacerá en la medida en que conozcamos e interioricemos las actitudes de María, en la medida en que descubramos su papel en la Historia y en nuestra historia personal. Nuestro amor filial por María nos lleva a hacerla presente cuando nos reunimos en nombre de su Hijo, a confiarnos a su intercesión, a permanecer disponibles a la acción educadora de su ejemplo...

Pero el amor hay que ayudarle a permanecer. Y sabemos que el amor sólo permanece si se expresa. Por eso las imágenes de María, sus presencias y palabras en los Evangelios, sus oraciones... intentamos que sean habituales en nuestra vida personal y en la vida de las Fraternidades.

- SERVIR A MARÍA

«María entregó su vida al servicio de la misión que Dios le confió: hacer posible la Encarnación para dar a Cristo al mundo. Nosotros nos unimos a ella y nos ofrecemos para asistirle en esta misión. Sensibles a las necesidades de los hombres, queremos cumplir su mandato: "Haced lo que él os diga". (Jn. 2,5). Nos sentimos misioneros de María y seguidores de su estilo apostólico. Unidos a ella en su Magnificat, queremos ser testigos en el mundo del amor preferencial de Dios por los pobres.» (Libro de Vida, pág. 13).

Nuestra relación personal con María no puede concluir en un simple amor piadoso. María fue una mujer integrada en su tiempo, preocupada por su pueblo y disponible a la acción del Espíritu, lo que le llevó a jugar un papel principal en la Historia de la Salvación.

Efectivamente, María cumplió un particular papel en esta Historia: hacer presente a Jesús entre los hombres, encarnarlo en la realidad. Los marianistas, asumiendo nuestra pequeñez, tomamos como propia la misión de María.

Esto compromete misionero de nuestra Consagración se manifiesta en un fin y en un medio, que vivimos personal y comunitariamente.

- Un fin. Efectivamente, si María encarnó a Dios entre los hombres, también nosotros podemos hacerlo. Podemos participar en el misterio de la Encarnación. ¿Cómo? Con nuestra vida. Viviendo de forma natural las actitudes de María, el Espíritu de Dios crecerá en nuestro interior. Y movidos por este Espíritu haremos presente a Jesús entre los hombres. Recibir para dar a Jesús. Engendrarlo y alumbrarlo como María constituye el núcleo misionero de nuestra Consagración. La nuestra es una espiritualidad misionera.
- Un medio. Pero no sólo un fin misionero. Los marianistas compartimos un instrumento preferencial de evangelización: el testimonio de nuestra vida. «Haced lo que Él os diga». Vivir generosamente el espíritu de Jesús resumido en las Bienaventuranzas es el instrumento preferente de nuestra evangelización. Por eso decimos que vivimos «en misión permanente». Con el testimonio de nuestra vida queremos transmitir a Jesús a las personas de nuestro entorno. Queremos ser una presencia viva del Evangelio en el mundo.

Lo hacemos de dos maneras. Por un lado, cultivamos un estilo de vida personal y familiar coherente con la fe que profesamos: cuidamos la honestidad en todos los campos de nuestra vida; vivimos como ciudadanos activos, conscientes de nuestros derechos y deberes; buscamos comprometidamente la construcción de un mundo justo y pacífico; procuramos usar con sencillez y

austeridad los bienes materiales; y desarrollamos un amor preferencial por los pobres y por las víctimas de este mundo. Por otro lado, sabiendo que podemos aportar algo más, dedicamos parte de nuestro tiempo a colaborar en obras misioneras concretas. Nos sentimos llamados a participar en actividades que favorezcan el desarrollo humano y la justicia social, y en aquellas que tienen como objetivo la evangelización y la educación en la fe.

- Personal y comunitario. Un último aspecto particular de esta vivencia misionera de la Consagración es que hace referencia tanto a las personas como a las comunidades. Desde el principio las Congregaciones marianistas vivieron esta doble realidad. **«Cada congregante un misionero, cada congregación una misión permanente»**. Si como miembros de la Familia de María nos sentimos misioneros, también nuestras comunidades deben participar de este espíritu apostólico. La orientación misionera de las comunidades es tanto hacia sus propios miembros como hacia el exterior. El primer destinatario de la misión de cada Fraternidad son sus componentes. La comunidad es a la vez promotora y destinataria del apostolado. Pero la misión de la comunidad no acaba ahí. Debe mantener una permanente apertura que le permitía, desde sus limitaciones, dar testimonio del amor de Jesús.

3.3.2. *Como miembros de una familia*

La Consagración a María es lo que nos identifica y nos une a todos los miembros de la Familia Marianista. Somos **una sola comunidad** dentro de la Iglesia, y lo que nos incorpora a ella es la Consagración a María.

- MIEMBROS DE LAS FRATERNIDADES

La Consagración bautismal tiene una clara dimensión eclesial. Por el Bautismo nos constituimos en miembros de la Iglesia. Igualmente, la Consagración a María, como experiencia particular de la Consagración bautismal que es, nos incorpora a una parte del Pueblo de Dios: las Fraternidades Marianistas.

Somos penamente miembros de las Fraternidades desde el momento de nuestra primera Consagración y permanecemos en ellas por su renovación periódica. Nuestra pertenencia definitiva de las Fraternidades se expresa y configura mediante la Consagración Definitiva.

La Consagración tiene, pues, un claro contenido comunitario. Más aún, la Consagración sólo se entiende si se vive y celebra en una comunidad. Nuestro camino en Fraternidades es una llamada de Dios y una opción personal, y ambas se manifiestan en una comunidad. Dios nos llama a ser marianistas a través de una comunidad. Percibimos que ése puede ser nuestro camino viendo y conociendo la vida de las Fraternidades, y decidimos que lo es por la experiencia personal de pertenecer a ellas durante un tiempo. Pero además la invitación es a vivir una espiritualidad insertos en una comunidad. Ambas son realidades inseparables, porque cualquier experiencia de fe, aun siendo personal, sólo puede vivirse en comunidad.

La Consagración a María renueva nuestra relación personal con Jesús, por supuesto, pero también nos compromete con una comunidad. No podemos recudir la Consagración a ninguno de los dos ámbitos en los que se conforma: el personal y el comunitario. Ambos contenidos

constituyen una unidad inseparable que nos pone en comunión con Dios y con la humanidad.

- MIEMBROS DE LA FAMILIA MARIANISTA

Por la pertenencia a las Fraternidades Marianistas nos incorporamos a la gran Familia Marianista que aporta a la Iglesia un mismo carisma, encarnado tanto en la vida laical como en la religiosa. Nos sentimos una única familia y nos apoyamos mutuamente en la vivencia de nuestra identidad. Juntos, hacemos presente en el mundo la misión de María.

- CON ESPIRITU DE FAMILIA

En la medida que nos sentimos hijos de María establecernos una particular relación de hermanos entre los consagrados. Nuestro amor filial por María nos une en comunidades y con un talante especial: el espíritu de familia. María nos convoca en familia.

Damos mucha importancia a que en nuestras comunidades se desarrolle la confianza, el afecto, la sencillez en el trato, la acogida, la mutua preocupación, el apoyo compartido, la convivencia distendida...: actitudes todas ellas que nos ayudan a sentirnos en familia y a mostrarnos como tal.

Este espíritu de familia no queremos reservarlo para la vida de la comunidad. Nos gusta compartirlo con todo aquel que se acerca a nosotros y con todo aquel al que nos acercamos. Es parte importante de nuestra donación misionera.

4. Celebramos una Consagración Temporal y otra Definitiva

«Iniciamos públicamente nuestro seguimiento marianista de Jesús en el momento de nuestra primera consagración temporal. Y lo asumimos plenamente como un estilo de vida cuando la hacemos definitiva. Siendo la consagración a María el signo explícito de pertenencia a las Fraternidades, la renovamos personalmente cada día.» (Libro de Vida, pág. 13)

Consagración sólo hay una, y nace de la voluntad íntima y sincera de seguir a Jesús con el espíritu de María integrados en una comunidad particular: las Fraternidades Marianistas.

Sin embargo, con la intención de poder compartir un camino común distinguimos dos momentos en nuestra vivencia y expresión pública de la Consagración; la Consagración Temporal y la Definitiva.

Ambas son manifestaciones de una misma experiencia interior, pero las vivimos con diferentes matices, lo que les da talantes distintos.

4.1. La consagración Temporal: comprometidos con un camino

4.1.1. Una experiencia de iniciación

La Consagración Temporal es una experiencia de iniciación. Para celebrarla, el consagrado debe haber

vivido suficiente tiempo en las Fraternidades como para conocer el camino que proponen y, desde esta experiencia personal, estar sinceramente dispuesto a seguirlo durante un año.

Por la Consagración nos unimos a un proyecto común en respuesta a una llamada de Jesús. Por la Consagración nos incorporamos a un proyecto humano que ponemos permanentemente bajo la mirada y la fuerza del Espíritu. Esta participación en un proyecto compartido, que quiere ser de Dios, nos permite enriquecer mutuamente nuestra Fe y nuestra vida mediante la común entrega de nosotros mismos. Recibimos en la medida en que damos. Dar y recibir son las dos caras, inseparables, de la misma moneda.

La primera Consagración es el comienzo de un camino. Desde esta perspectiva, la Consagración Temporal no expresa haber alcanzado unos mínimos en nuestra vivencia de Fe. La Consagración no es el premio a unos méritos, sino la expresión de nuestra voluntad sincera de seguir a Jesús con el espíritu de María y en el seno de las Fraternidades Marianistas. Infidelidades y limitaciones son una constante propia de la naturaleza humana. La libertad de elegir caminos y de comprometerse, también. Por la Consagración elegimos un particular camino para el seguimiento de Jesús y nos comprometemos temporalmente a seguirlo, conscientes de nuestras limitaciones e infidelidades.

4.1.2. Un compromiso

La Consagración Temporal la vivimos también como un compromiso: recorrer un camino que esa a la vez

personal y compartido. En concreto, por la Consagración Temporal nos comprometemos por un año:

- a participar en los Encuentros de las Fraternidades,
- a elaborar, vivir y revisar un Plan Personal de Vida según la propuesta que os hacen las propias Fraternidades.

El Plan Personal de Vida y la dinámica de los Encuentros que Fraternidades nos proponen configuran una pedagogía compartida. Son instrumentos humanos al servicio de nuestra conversión que utilizamos en comunidad. Como humano es limitado, y lo sabemos, pero es nuestra aportación, nuestra ofrenda, el pan y el vino que ponemos en el altar de nuestra vida. Sabemos que por sí solo es un simple esfuerzo humano, pero confiamos en que la fuerza de Dios lo transforme en medio de conversión personal.

4.1.3. La renovación

Por la Consagración Temporal nos incorporamos plenamente a las Fraternidades Marianistas, aunque no de forma definitiva, y expresamos ante la comunidad nuestra voluntad de permanecer en ellas durante al menos un año, intentando ser fieles a este compromiso. Es deber de la comunidad animar y apoyar el cumplimiento de los compromisos adquiridos en la Consagración Temporal, dentro del máximo respeto a la libertad personal.

La Consagración Temporal se renueva personalmente todos los días, y en comunidad (Fraternidad, Gran Fraternidad o Zona, según decisión de cada Consejo de

Zona) anualmente, siempre que permanezca en nosotros la voluntad de seguir perteneciendo a las Fraternidades. La renovación de nuestra Consagración manifiesta y reaviva esta voluntad. De la misma manera, expresamos la voluntad de abandonar las Fraternidades, no renovando nuestra Consagración.

La renovación, como la primera Consagración Temporal, no expresa la persistencia en unos logros. Todo camino humano es la suma de entregas generosas y de infidelidades, de luces y de sombras, de tiempos de crecimiento y otros de abandono. La renovación de nuestra Consagración sólo expresa nuestra voluntad de seguir en el camino elegido (tras Jesús, con María y en Fraternidades) y no podemos convertirla en un juicio periódico de nuestro caminar. Fraternidades, como toda comunidad de creyentes, es un pueblo que quiere caminar hacia el encuentro personal con Jesús y que camina arrastrando sus limitaciones y cobardías. Seguir en este camino compartido es lo que expresamos al renovar nuestra Consagración.

Por otra parte, nuestra primera voluntad de seguir el camino de Fraternidades puede cambiar con el tiempo. En algún momento podemos sentirnos llamados a seguir a Jesús desde una sensibilidad y dinámica distintas de las marianistas. Es una realidad propia de la naturaleza humana construir las opciones desde la experiencia. Como experiencia humana, esta decisión debe tomarse en un marco de libertad que permita un discernimiento responsable, y tiene que ser vivida con la naturalidad y la serenidad de quien sabe que va a seguir buscando a

Jesús en otro camino. Esta decisión la expresamos no renovando nuestra Consagración Temporal.

4.2. La Consagración Definitiva: una opción de vida

4.2.1. *Una opción de Vida*

La Consagración Definitiva es una opción de vida; por eso nace de una experiencia suficiente en las Fraternidades Marianistas que nos lleva a desear permanecer ligados a ellas para siempre. Sentimos, con razonable claridad, que ésta es la llamada que Jesús nos hace y a la que queremos dar respuesta con la ofrenda de nuestra vida.

En la Consagración Definitiva expresamos nuestra voluntad de hacer de la espiritualidad marianista y de nuestra pertenencia a las Fraternidades nuestro proyecto de vida: el que elegimos para seguir a Jesús. Somos creyentes siendo laicos marianistas. Ambas realidades con una misma cosa. A partir de la Consagración Definitiva, la espiritualidad marianista y las Fraternidades son ya y para siempre los referentes básicos de nuestra vida de Fe.

Nunca es fácil decir «**para siempre**». No lo es para nadie. Pero es verdad que este compromiso de fidelidad tiene una lectura particular a los ojos del seglar. Esto es así porque sus circunstancias y entorno (matrimonio, familia, trabajo...) no siempre son estables y siguen a veces caminos que se escapan del simple control de la voluntad personal. Es cierto que la Consagración Definitiva puede precisar de una suficiente definición personal (por eso es una opción que se plantea en la edad adulta y después de la suficiente experiencia de la Familia Marianista), pero no debe exigir una estabilidad

vital casi inalcanzable para los que hemos optado por un estilo de vida laical. Dios nos pide fidelidad y nos la pide por encima de los avatares y dificultades de la vida, pero no nos pide que renunciemos lo más mínimo a nuestro lugar y papel de laicos.

Es importante señalar que el «**para siempre**» de la Consagración definitiva no puede considerarse como el final de un camino. Tras recibir la Consagración Definitiva seguimos -¡más si cabe!- en camino. Nuestra fidelidad a las Fraternidades Marianistas y al espíritu que las mueve se fundamenta no tanto en la Consagración Definitiva como en la renovación permanente que de la misma hacemos. Por eso la Consagración Definitiva se actualiza de forma personal diariamente, y de forma pública en momentos significados de la vida de las Fraternidades, como expresión de nuestra voluntad de ser fieles a nuestra opción de vida libremente asumida.

4.2.2. Una espiritualidad y una comunidad

Pero ¿cuál es esa opción de vida a la que se nos invita? Por la Consagración Definitiva nos adherimos íntimamente a una espiritualidad y a una comunidad. Ambas adhesiones son inseparables; más aún: son la misma.

- Por una parte nos comprometemos con un espíritu, el de María, tal y como lo sintió y transmitió el P. Chaminade y tal y como ha perdurado a lo largo de los años y ha llegado hasta nosotros en la Familia Marianista. Este espíritu nos acompañará siempre

allí donde estemos y en las circunstancias en las que nos encontremos. Éste es sin duda el contenido más íntimo de nuestra Consagración.

El espíritu marianista se encarna en un estilo de vida. Los marianistas queremos estar en el mundo como estuvo María, por eso intentamos hacer propio su talante y su misión. Esta voluntad se manifiesta en el esfuerzo por vivir a la escucha y disponibles a la llamada de Dios y se concreta en nuestra voluntad por hacer en nuestra vida «lo que Él nos diga». De esta manera, todas nuestras actitudes y opciones las ponemos bajo la mirada del Evangelio.

- Nos adherimos, también, a una comunidad. Los marianistas sabemos que la Fe se vive y se celebra en comunidad. Por eso, al consagrarnos definitivamente nos vinculamos interna y externamente a las Fraternidades y, a través de ellas, a la Familia Marianista.

Nuestra opción de vida son el espíritu y la comunidad marianistas.

4.2.3. Un don y una llamada

Vivimos nuestra pertenencia a las Fraternidades en una doble dimensión: don y llamada.

- Por una parte la sentimos como un don del Espíritu. La comunidad en general y las Fraternidades en particular ofrecen luz y apoyo en el seguimiento de Jesús, en la medida en que permiten que su Espíritu habite en ellas y que de esta luz y este apoyo nos beneficiamos todos sus miembros. Nos resulta más

sencillo y enriquecedor seguir a Jesús en comunidad. Pero la comunidad no es sólo ayuda en el camino. La experiencia compartida de la Fe es también, por sí misma, lugar privilegiado de encuentro con Jesús.

- Además, al acoger la Consagración Definitiva sentimos nuestra pertenencia a las Fraternidades como una llamada. Por la Consagración Definitiva nos comprometemos con el presente y con el futuro de la Familia Marianista, particularmente el de las Fraternidades. Nos comprometemos con el presente por la participación fiel, creativa y generosa en su vivir cotidiano y nos comprometemos con su futuro asumiendo la responsabilidad que nos corresponde, según cada momento y circunstancia, en su permanencia en el tiempo, su desarrollo y su fidelidad al espíritu que las debe guiar.

5. Una dinámica y su ritual al servicio de un espíritu

La celebración de la Consagración a María es una experiencia a la vez interior y comunitaria. Ambas condiciones son imprescindibles y complementarias. La una sin la otra resultan incompletas. La Consagración no puede ser una vivencia interior no compartida, ni una manifestación externa vacía de contenido.

Como experiencia compartida, entronca con el ámbito de lo comunitario: se vive y se celebra en comunidad. Este ámbito exige unas formas comunes que respeten lo interior y permitan su celebración compartida. Por eso, la Consagración necesita unos ritmos, una dinámica y un ritual.

5.1. Una dinámica comunitaria

5.1.1. *Tiempos*

Es cierto que cada creyente tiene un ritmo de desarrollo de su Fe que debe ser respetado. Pero no es menos cierto que una comunidad debe velar por una cierta unidad en el espíritu. Ambas son realidades que habremos de saber compaginar. Además, la realidad del ser humano hace que el discernimiento y la opción ayuden al crecimiento personal. Por todo esto, todas las dinámicas y ritmos que compartimos en Fraternidades intentan promover el mejor desarrollo personal y de la comunidad, manteniendo un justo y difícil equilibrio entre

el respeto a cada historia y la cohesión de las Fraternidades.

La Consagración Temporal se plantea entre el segundo y cuarto año de pertenencia a Fraternidades. En situaciones excepcionales pueden flexibilizarse estos plazos tras un discernimiento con la comunidad y con los Responsables de la Zona.

La Consagración Definitiva se plantea entre los seis y ocho años desde la primera Consagración Temporal. Igualmente, existen circunstancias personales que pueden aplazarla, previo discernimiento en Fraternidad y con el Responsable de Provincia.

En ningún caso se trata de forzar el ritmo de crecimiento personal, pero la unidad de las Fraternidades nos obliga a evitar una excesiva diversificación de los ritmos, particularmente si es por dejadez, capricho o ligereza. Además, en Fraternidades sabemos que la disponibilidad y capacidad para la opción y el compromiso son signos de madurez personal y, por eso, nos animamos mutuamente a optar con sinceridad y generosidad por aquellos caminos que mejor sirvan para nuestra felicidad y desarrollos personales. Ni el temor ni la inercia deben mandar nunca en nuestras decisiones, y menos en las que se derivan de nuestro seguimiento de Jesús.

No obstante, asegurando un discernimiento serio y sincero, tienen cabida en las Fraternidades diferentes ritmos de vivencia personal de la Consagración.

5.1.2. Discernimiento

El discernimiento de toda Consagración se hace en Fraternidad y con la ayuda de la dirección espiritual. Es

muy importante que cada Consagración esté fuertemente fundamentada en un discernimiento personal y compartido y que éste se realice con sinceridad y generosidad.

- LA PRIMERA CONSAGRACION

El discernimiento de la primera Consagración Temporal lo promueve el asesor de acuerdo con el responsable de la Fraternidad cuando ambos consideran preparados, y dentro del plazo previsto, a los miembros de la comunidad.

El discernimiento personal se complementa con la participación en un retiro provincial dirigido a tal fin. Si alguna causa mayor imposibilita la asistencia de alguna persona al retiro, la Fraternidad decidirá un tiempo especial a su preparación. Debemos considerar muy importante hacer uno de los dos esfuerzos (retiro provincial o preparación personal) para prepararla convenientemente.

Es muy difícil establecer criterios para el discernimiento, pero la intención de favorecer el mutuo apoyo nos anima a hacerlo. Hacerse personalmente y en comunidad las siguientes preguntas podría ayudarnos en este discernimiento.

¿Crees en Jesús, Hijo de Dios? ¿Quieres perseverar en su seguimiento?

¿Te sientes llamado a seguir a Jesús como laico?

¿Te trae lo que vas conociendo de la espiritualidad marianita?

Tu experiencia, hasta hoy, del seguimiento de un Plan Personal de Vida: ¿te ha ayudado a crecer como persona?; ¿y como creyente?; ¿lo sientes como un camino atractivo o como una carga?

Lo que has vivido en Fraternidad: ¿te ha ayudado a vivir la fe en comunidad?; ¿lo has vivido desde el gozo o desde la obligación?

Tu experiencia en Fraternidades: ¿te ayuda a seguir a Jesús?; ¿te ayuda a ser feliz?

- LA RENOVACION

También la renovación de la Consagración necesita un discernimiento. Una vez al año todas las Fraternidades dedican un tiempo de sus encuentros a este fin. Lógicamente, el tiempo invertido no puede ser el mismo que el dedicado a la primera Consagración, pero hay que mantener la seriedad, la sinceridad y la honestidad en el discernimiento.

El planteamiento puede ser similar porque en el fondo se renueva la prolongación, un año más, de la voluntad expresada y de los compromisos adquiridos en la primera Consagración.

¿Conservas la fe en Jesús y la voluntad de seguirle?

¿Sigue siendo tu experiencia en Fraternidades enriquecedora? La espiritualidad marianista y la dinámica de Fraternidades: ¿siguen ayudándote en tu crecimiento personal y de fe?

¿Sigues pensando que tu mejor respuesta a Jesús es como laico y como marianista?

Si te planteas dejar las Fraternidades, ¿es para empezar un camino que te ayude a un mejor crecimiento de la fe y seguimiento de Jesús?

Si del discernimiento inicial surge la duda en la vocación laical y marianista de alguno de los miembros de la Fraternidad, es conveniente dedicarle un tiempo más prolongado a su decisión. La decisión de continuar en Fraternidades o abandonarlas no debería tomarse sino tras un discernimiento sosegado y respetando la libertad de cada persona en la decisión final. Teniendo en cuenta que la indefinición es una tentación permanente, conviene animar siempre a tomar decisiones que clarifiquen la propia vida.

- LA CONSAGRACION DEFINITIVA

El discernimiento para la Consagración Definitiva lo inicia en la Fraternidad cada miembro, de acuerdo con su director espiritual, dentro de los plazos previstos, y se complementa también con un retiro provincial. Es un momento muy importante en la vida de todo miembro de Fraternidades. Por eso consideramos imprescindible asistir a dicho retiro para celebrar la Consagración Definitiva. En caso de fuerza mayor, y de acuerdo con el Responsable Provincial, se puede realizar un retiro personalizado.

El discernimiento sobre la Consagración Definitiva es un buen momento para revisar el pasado, para reflexionar sobre el presente y para plantearse el futuro. El siguiente guión podría ayudar.

MI HISTORIA

¿Reconozco la acción de Dios en mi vida? Mis opciones, mis valores, mi forma de ver el mundo, ¿han sido influenciadas por su Espíritu? ¿Ha sido la fe un soporte básico en mi vida?

Mi pertenencia a Fraternidades: ¿ha ayudado a que el Espíritu de Dios se haya encarnado en mi vida?; ¿me ha sostenido y apoyado para un mejor seguimiento de Jesús? Sin las Fraternidades, ¿sería distinta mi vida?; ¿sería distinta mi fe?

La vida de una comunidad, como todo, es la suma de luces y sombras, de buenos y malos momentos, de experiencias de vida y de otras que no lo son tanto, pero lo que he vivido en Fraternidades, globalmente considerado, ¿me ha dado vida?; ¿me ha ayudado a ser feliz?

MI PRESENTE

¿Tengo conciencia de que por el Bautismo estoy consagrado a Dios?; ¿es esto relevante en mi vida?

La fe en Jesús Hijo de Dios, hecho Hijo de María para la salvación de los hombres, ¿es el centro de mi vida?

¿Me siento parte del proyecto común de las Fraternidades Marianistas?; ¿me siento miembro de la Familia Marianista?

¿Me siento como laico parte viva de la Iglesia?

¿Conozco e intento vivir la espiritualidad marianista?

¿Concibo mi vida como una misión permanente que tiene como objetivo hacer presente a Cristo en el mundo?

La figura de María, ¿tiene un lugar en mi vida de fe?; ¿la conozco?; ¿la siento?; ¿han calado en mi vida sus actitudes?

MI FUTURO

¿Conservo mi ilusión y la voluntad de ser parte de la Familia Marianista?; ¿quiero participar activamente en ella y colaborar en su desarrollo y fidelidad al Espíritu?

¿Me imagino y me deseo «para siempre» siguiendo a Jesús integrado en la Familia Marianista?

5.1.3. Acogida

La Consagración se solicita a las Fraternidades mediante una carta dirigida al Responsable de Zona, en el caso de la Consagración Temporal, y al de Provincia en el caso de la Definitiva. Con esta carta expresamos la certeza de que la Consagración a María sólo tiene sentido en el seno de una comunidad y que nuestra voluntad debe ser acogida por ella. Efectivamente, nos consagramos a María personalmente y en las Fraternidades Marianistas. La Consagración implica, pues, una decisión personal y una acogida por parte de la comunidad. Ambas son condiciones necesarias. La libertad personal no puede estar reñida con la fidelidad al espíritu de un proyecto común.

La Consagración la acoge la comunidad y en concreto sus responsables. La Consagración Temporal, el

Responsable de Zona y la Definitiva, el de Provincia. En caso de imposibilidad de estar presente en alguna celebración, los Responsables de Zona y/o Provinciales pueden ser sustituidos por anteriores responsables o excepcionalmente por algún otro consagrado definitivo.

Los Responsables acogen en nombre de las Fraternidades la Consagración de sus miembros. El discernimiento del que quiere consagrarse, de su Fraternidad y de su asesor, son las fuentes desde donde toman su decisión.

En la mayoría de las ocasiones existirá, de forma natural, acuerdo en el discernimiento o será posible alcanzarlo. En las situaciones excepcionales en las que no se alcance, es plenamente libre el consagrando para solicitar celebrar su Consagración, quedando la potestad de acogerla, en nombre de Fraternidades, en el Responsable de Zona o Provincia según se trate de la Temporal o de la Definitiva.

5.2. Expresión de nuestra espiritualidad

El hombre, por su propia naturaleza, puede y necesita expresar su interioridad y su Fe. Cuando expresamos nuestra Fe la renovamos y damos testimonio de ella.

Cuando celebramos nuestra Consagración a María estamos expresando y testimoniando lo más íntimo de nuestra Fe: queremos seguir a Jesús y hacerlo «a la manera de María». Por eso nuestra Consagración sella y renueva nuestra voluntad de ser creyentes marianistas y es nuestra primera forma de evangelización.

Toda expresión humana se realiza a través de signos que constituyen un lenguaje que la hace comunicable. La Consagración también.

5.2.1. *Ritual*

El ritual de la Consagración quiere expresar con la mayor sencillez posible el contenido de cada Consagración.

La Consagración se celebra en el seno de una Eucaristía y se convierte en el momento más importante del año en la vida de los miembros de las Fraternidades.

Incluye siempre los siguientes pasos:

1. Renovación de las promesas del Bautismo. Expresión de la íntima relación entre ambas Consagraciones.
2. Una fórmula de Consagración. La fórmula de Consagración es personal para la primera Consagración Temporal y común para la Definitiva.
3. Un signo de acogida por parte del responsable. Una oración de renovación para la Consagración Temporal y una cruz para la definitiva.

De acuerdo con este esquema los pasos de cada celebración son los siguientes.

- LA PRIMERA CONSAGRACION

La Consagración Temporal se celebra en un encuentro de Zona y se compone de los siguientes pasos:

1. Renovación de las promesas del bautismo

2. El Responsable de Zona llama desde el altar personalmente y por su nombre al futuro consagrado
3. El consagrado lee una fórmula personal de Consagración que necesariamente debe incorporar:
 - su nombre,
 - el nombre de su Fraternidad,
 - la expresión: «me consagro a María por año en las Fraternidades Marianistas»
4. El Responsable de Zona acoge a los nuevos consagrados con la siguiente oración:

«ACOGE SEÑOR A... COMO MIEMBROS CONSAGRADOS DE LAS FRATERNIDADES MARIANISTAS. MARIA, RECIBE A TUS NUEVOS HIJOS Y ACOMPÁÑALOS EN EL CAMINO QUE HOY COMIENZAN»

... y les entrega la oración de renovación

5. Los consagrados besan una imagen de la Virgen

- LA RENOVACION

La renovación se celebra en un encuentro de Zona, de Gran Fraternidad o excepcionalmente en un encuentro de Fraternidad, y tiene los siguientes tiempos:

1. En nombre de todos los presentes que renuevan la Consagración (que permanecen de pie frente al altar) uno de ellos lee la siguiente fórmula:

«NOSOTROS... RENOVAMOS POR UN AÑO NUESTRA CONSAGRACION A MARÍA PORQUE

QUEREMOS PERMANECER EN EL SEGUIMIENTO DE JESUS PERTENECIENDO A LAS FRATERNIDADES MARIANISTAS. MARÍA MADRE Y COMPAÑERA DE CAMINO, AYÚDANOS A VIVIR NUESTRO COMPROMISO CON FIDELIDAD Y GENEROSIDAD».

2. Todos los consagrados que renuevan pasan a besar una imagen de la Virgen.

- **LA CONSAGRACION DEFINITVA**

La Consagración Definitiva se celebra siempre en un encuentro de Zona que tiene carácter provincial por la presencia del Responsable de Provincia, y se vive de la siguiente manera:

1. Renovación de las promesas del Bautismo
2. El sacerdote recibe del Responsable provincial las cruces y las bendice con la siguiente fórmula:

«PADRE BUENO, CUYA GLORIA HA SIDO MANIFESTADA EN TU HIJO JESÚS, CONCEBIDO POR OBRA DEL ESPÍRITU SANTO Y NACIDO DE LA VIRGEN MARÍA, DÍGNATE BENDECIR Y SANTIFICAR ESTAS CRUCES. ELLAS SIGNIFICARÁN TU PRESENCIA DE VIDA»

3. El Responsable de Provincia llama, personalmente, al futuro consagrado
4. El consagrado lee la siguiente fórmula:

«MARIA, COMO EL DISCÍPULO AMADO AL PIE DE LA CRUZ, DESEO ACOGERTE EN MI VIDA Y

UNIRME A TI PARA COLABORAR EN TU MISIÓN DE HACER PRESENTE A CRISTO EN EL MUNDO. POR ESO, YO ..., ABIERTO A LA ACCION DEL ESPÍRITU Y BUSCANDO EN TODO HACER LA VOLUNTAD DEL PADRE, ME CONSAGRO A TI PARA TODA LA VIDA EN LAS FRATERNIDADES MARIANISTAS.»

5. El Responsable de Provincia recoge su Consagración con la siguiente fórmula:

«RECIBE ESTA CRUZ COMO SIGNO DE TU ALIANZA CON MARÍA Y DE TU PERTENENCIA DEFINITIVA A LAS FRATERNIDADES MARIANISTAS»

... y le entrega la cruz como signo de su pertenencia definitiva a Fraternidades.

6. El sacerdote, en nombre de María, asume su papel en la Alianza con la siguiente fórmula:

«DE ENTRE UN GRAN NÚMERO, YO OS HE ELEGIDO PARA QUE SEÁIS DE MI FAMILIA Y MIS HIJOS QUERIDOS. ME COMPROMETO CON VOSOTROS, Y MI COMPROMISO ES EL DE UNA MADRE: AMAROS, AYUDAROS Y DEFENDEROS. ME ASOCIO CON VOSOTROS. PARTICIPO CON VOSOTROS EN TODAS VUESTRAS TAREAS, Y ACOJO FELIZ ESTA VIDA VUESTRA QUE HOY ME OFRECÉIS. VOY A DISPONER DE VOSOTROS PARA LA GRAN OBRA DE MI HIJO JESÚS. HACED SIEMPRE LO QUE ÉL OS DIGA»

7. El consagrado besa una imagen de la Virgen.

Sobre los esquemas anteriormente detallados es posible conveniente que cada Zona adapte su celebración a las peculiaridades de la misma intentado mantener la fidelidad al espíritu y buscando una mayor y mejor presión de la interioridad que se está celebrando.

6. Conclusión

Los laicos marianistas miembros de las Fraternidades de la Provincia de Zaragoza nos sabemos y sentimos consagrados por Dios en el Bautismo. Recibimos esta Consagración como un don gratuito del amor de Dios y queremos responder con la ofrenda de nuestra vida.

Reconocemos, también, el papel de María en la Historia y en nuestra historia y queremos seguir a Jesús con su espíritu, en el seno de la Familia Marianista. María es nuestro camino elegido para llegar a Jesús.

Buscamos un encuentro personal con ella para alcanzar una mejor conformidad con Jesús, y esta búsqueda la expresamos en nuestra Consagración a María.

Al consagrarnos a María nos unimos a ella y compartimos un talante y una misión, confiando en su compañía y ayuda permanentes.

Nuestro amor filial nos une en familia a nuestros hermanos marianistas, laicos y religiosos, con los que queremos compartir nuestra común vocación de consagrados marianistas.

